

Miguel Salomón

ALONSO CHRISTIANO

y la ciudad de los dioses

ediciones
Assisi

Miguel Salomón

ALONSO CHRISTIANO

y la ciudad de los Dioses



ediciones
Assisi

LEGALES

A María Paz, mi adorada hija, por su fortaleza para conducirse por las elevadas rutas del altiplano andino.

“No hay nada que pueda impedirnos creer que algunas razas hoy desaparecidas hubieran alcanzado no solo nuestros conocimientos, sino también poderes que no poseemos todavía...”.

Sir Frederic Soddy
Premio Nobel de Química - 1921

Expedición sangrienta

Una columna de veinte hombres provistos de herramientas de excavación y pertrechos ascendía lentamente por un pequeño sendero de la quebrada. La niebla, a lo lejos, se acercaba amenazadora, limitando la visibilidad de los caminantes. El estrecho sendero, que corría por las faldas de un cerro de pendiente pronunciada, estaba rodeado de tierra, piedras y algunas hierbas aisladas, la mayoría de ellas salpicadas de unas graciosas y pequeñas flores amarillas.

A medida que el grupo ascendía, la visibilidad era cada vez menor. La tierra y la vegetación que rodeaban el camino pronto se convirtieron en una alfombra verde de hierbas y plantas silvestres. Aun así, la tonalidad del paisaje era de un deprimente color gris oscuro. Con el correr de los minutos, conforme continuaban su ascenso, se les hacía difícil distinguir dónde se encontraban. La niebla no podía estar más cerrada; la visibilidad era de unos dos metros a la redonda.

El paso cadencioso de los hombres hacía más agotador el ascenso. De vez en cuando se escuchaba el ruido del caparazón de algún caracol que, al interponerse en su camino, era despedazado bajo la suela de sus botines. Conforme avanzaban, algunas formaciones rocosas aparecían desdibujadas a ambos lados del sendero, como fantasmas testigos de su paso. Algunos de los hombres se encontraban fuertemente armados.

—¡Alto! —gritó el guía de la expedición, levantando su brazo derecho y haciendo puño con la mano.

–¿Qué sucede? –preguntó la figura del líder, adelantándose presurosamente.

–Esta gente está exhausta, necesita descansar –contestó el hombre con determinación.

–¡El que da las órdenes aquí soy yo! –incurrió el otro, con un marcado acento español.

Tras él, otro hombre menudo secundó las palabras de su jefe apuntándole con un arma. El guía lo miró fijamente.

–Que su hombre dispare y jamás saldrán de aquí con vida –contestó sin inmutarse–. Mire a su alrededor. ¿Usted cree que podrá salir de esta quebrada sin mí?

El hombre miró a su alrededor, al igual que sus compinches. Era imposible distinguir siquiera una roca. La red de caminos podía engañar a cualquiera que no conociera el sitio, y tomar la dirección equivocada era una condena a perderse en esos insólitos y tenebrosos parajes.

–Le sugiero que le diga a su amigo que baje el arma, esas cosas me ponen nervioso.

–No tenemos mucho tiempo, esta no es una excursión turística –refunfuñó el líder.

–Esta gente no puede seguir a este ritmo con esa carga. Debemos descansar, de lo contrario al llegar no tendrán fuerza para hacer su trabajo.

–De acuerdo –aceptó, de mala gana, el otro–, pero solo cinco minutos.

El grupo buscó un lugar donde descansar. Algunos sacaron de sus alforjas un poco de agua, otros algo de comer y otros simplemente se estiraron para relajar los músculos. El líder se sentó en una pequeña roca al lado de una de esas hierbas con flores amarillas que le parecían extrañamente agradables. Tuvo que hacer algún esfuerzo para bajar casi al nivel del suelo su voluminoso cuerpo de un metro noventa de estatura. Mientras metía la mano derecha en el interior de su casaca, uno de sus hombres pasó junto a él para acomodarse y pisó una de las flores.

–¡Cuidado! –gritó el guía, mientras se agachaba para enderezarla.

–¿Tanto le interesa esa pequeña e inservible planta? –

preguntó el líder, despreciando la flor.

–Estas pequeñas flores amarillas se llaman “flor de amancaes” –respondió el guía, marcando sus palabras–; son un símbolo de esta ciudad.

–¡Al diablo con los símbolos! –insistió el líder–; son solo eso, símbolos, nada concreto ni útil.

El guía lo miró con indiferencia.

–Les ruego que tengan cuidado con ellas, porque se encuentran en peligro de extinción –continuó, hablando en voz alta hacia todo el grupo–; solo se las ha visto florecer en las lomas costeras del Perú, entre piedras y neblina, durante los meses de junio a octubre, cuando la costa está más fría y nublada. Viven muy poco, entre dos a cuatro días. Los incas decoraban sus keros y otros ceramios con esta flor.

–Ya lo escucharon –gritó el líder a todos en tono sarcástico–, prohibido pisarlas, bajo pena de muerte.

Los hombres armados soltaron las carcajadas. El guía continuó acomodando lo que quedaba de la pequeña flor azafرانada. Luego todos continuaron con su actividad.

El líder echó una mirada al documento que había extraído del bolsillo de su casaca. Era un cuadernillo de varias hojas, muy deteriorado, descolorido y con los bordes carcomidos por el tiempo. Lo desplegó con mucho cuidado. Daba la sensación de que se desharía en cualquier momento. Comenzó a pasar las páginas y se detuvo en una hoja que tenía solo dibujos y algunas inscripciones en los alrededores y se puso a estudiarlo. Era el mapa del lugar. El jefe era alto y delgado, un hombre de expresión adusta, mirada profunda y calculadora. Vestía sobretodo negro que lo cubría enteramente y zapatos de cuero.

Alrededor de ellos, la neblina seguía cerrándose y la visión se había hecho casi imposible. El jefe, al levantar la vista, solo pudo distinguir la figura, algo borrosa, de los tres hombres que estaban más próximos a él.

No habían pasado ni tres minutos cuando se escuchó una voz detrás de la cortina de niebla.

–¡Don Álvaro! ¡Don Álvaro! ¡Voces, escucho voces!

El líder dio un respingo, devolvió el cuadernillo al bolsillo

interior de su casaca y se levantó como un resorte. El hombre que lo llamaba se acercó presurosamente. Estaba muy agitado y nervioso.

–¡Don Álvaro! Se escuchan voces que se acercan desde abajo.

–Tranquilo –dijo el guía, acercándose al grupo que se había formado–, esas voces no son de gente que está tras de nosotros, son los lugareños de Quebrada Verde; las voces vienen de allá. –Señaló hacia el fondo de la quebrada, que se perdía en la espesa niebla.

–¡Imposible! Ya estamos muy alejados de ese pueblo – exclamó Álvaro, alarmado–. ¿Cómo vamos a escuchar sus voces desde aquí?

–El silencio en el que estábamos cuando descansamos, la leve brisa y nuestra posición en medio de la quebrada, flanqueados por dos grandes cerros, lo permiten –respondió el guía tratando de calmarlos–. Tranquilos, conozco muy bien este territorio y estoy seguro de lo que les digo.

La explicación del guía apaciguó a los hombres. Sin embargo, el jefe no quedó convencido. Aceptó la explicación, pero quedó con una sombra de duda. Álvaro Portocarrero, el jefe, era un hombre al que no se lo convencía con facilidad; sospechaba de cualquiera, desconfiaba de todo y se sentía orgulloso de ello, pues afirmaba que esa actitud lo había mantenido con vida.

–¡Se acabó el descanso! –vociferó Álvaro–. ¡Todos tomen sus cosas y a caminar! Santiago –le dijo al guía–, debemos avanzar más rápido. Celso –le dijo al vigía, girando sobre sus talones–, no quiero otro sobresalto de esos. Avísame del peligro solo cuando estés totalmente seguro, ¿entendido?

–Sí, don Álvaro –respondió el pequeño hombre, avergonzado, y volvió a su posición al final de la columna.

Los misteriosos excursionistas siguieron avanzando. Sus ropas y cabellos estaban cubiertos de rocío, sus narices destilaban agua, y podían sentir la humedad que absorbían cada vez que respiraban. Algunos pensaban que, con tanta humedad, podían contraer una pulmonía que los dejaría muertos en ese desolado territorio. Sin embargo, el enorme esfuerzo realizado mantenía activos sus pulmones y les provocaba sudoración. Las

horas pasaron y pronto la visibilidad fue casi nula, ya no solo por la neblina, sino también porque la tarde estaba muriendo.

El inhóspito paraje era conocido por los lugareños como las lomas de Lúcumo, una de las tantas elevaciones costeras que en invierno se cubren de plantas silvestres y animales que aprovechan el clima húmedo típico de la costa peruana y que en épocas pretéritas eran utilizadas por sus habitantes para sus viajes entre la costa y la sierra. Al pie de esta impresionante depresión montañosa se formó, a comienzos de siglo, un centro poblado llamado Quebrada Verde, pocos kilómetros al noreste del santuario de Pachacamac.

Santiago Comiama era un hombre alto, delgado y de tez trigueña. Había pasado gran parte de su vida caminando y dirigiendo grupos de toda procedencia. Por la naturaleza de su profesión, mantenía movimientos rápidos y ágiles y representaba mucho menos de sus cincuenta y ocho años de edad debido al físico envidiable que conservaba. Había trabajado en varios sitios arqueológicos de la costa y la sierra, y conocía a la perfección el Qhapaq Nan, el eje principal de la red vial del imperio incaico que aún existe.

Santiago sabía que, a pesar de que conocía gran parte de esta asombrosa red vial de los Andes, sería muy fácil que él mismo se perdiera debido a la intrincada sinuosidad de su construcción en ciertos sectores, como aquel.

Acostumbraba a caminar con su báculo, pero no porque lo ayudara a mantenerse en pie en sus largas y peligrosas caminatas a través de los estrechos senderos rodeados de precipicios, sino porque decía que lo acompañaba a todos lados y lo ayudaba a no sentirse solo.

—¡Hasta aquí llegamos por hoy! —dijo en voz alta el recio guía, deteniendo su marcha, para que todo el grupo lo escuchara—. Utilizaremos lo que queda de luz para desplegar las carpas y preparar la comida.

Álvaro se acercó a Santiago.

—Aún estamos lejos del objetivo, idebemos avanzar un poco más!

—Imposible, ¿quiere que alguien se caiga por el desfiladero?

Es muy peligroso seguir andando con tan poca luz, además estamos en un lugar idóneo para acampar.

–¡Hoy tenemos que acampar en este punto! –insistió Álvaro, señalándole un punto en el mapa.

–Ese lugar –respondió Santiago, indicando con su dedo índice el mismo punto en el mapa– parece estar muy cerca, pero no lo está realmente. Se encuentra a tres horas de camino desde aquí y sería muy riesgoso continuar. Ese campamento será el que utilicemos como centro de operaciones de las excavaciones.

–¿Cuánto hay de camino entre ese campamento y el lugar de excavación?

–Una hora y media, dos horas a lo sumo. Si salimos apenas aclare, calculo que estaremos alrededor de las diez de la mañana en el siguiente campamento –apuntó Santiago con el fin de tranquilizar al impaciente Álvaro.

–Está bien –Álvaro masticó sus palabras con rabia–, entonces descansemos y mañana a primera hora salimos para allá.

“Mañana” se escuchaba muy lejos para Álvaro. Estaba ansioso por empezar las excavaciones, había planeado esta expedición hacía mucho tiempo desde España, su país de origen, y las horas faltantes le parecían una eternidad. “¿Podré conciliar el sueño cuando estoy desbordando angustia?”, se preguntó; “pero, por otro lado”, recapacitó, “para mañana ya no falta casi nada si lo comparo con todo el tiempo que me pasé planificando cada detalle”. Luego pensó que una vez concluido su propósito se ocuparía de la otra razón que lo había llevado al Perú. “Eso será más sencillo”, pensó, mientras una leve sonrisa se dibujaba en sus labios.

Álvaro había ordenado que durante la noche se prendieran unos pocos faroles y que estos se ocultaran para que su haz de luz no fuera percibido por las poblaciones cercanas. Por la seguridad de los expedicionarios, estaba terminantemente prohibido apartarse del campamento, bajo pena de un severo castigo si es que lograban regresar, como decía Santiago. En ese punto Santiago había sido muy estricto, pues, como guía en este tipo de expediciones, los hombres estaban bajo su responsabilidad.

Habían levantado seis carpas en forma de círculo y encendido

un pequeño fuego en el centro para calentar los alimentos. Al terminar la cena, fueron acomodándose por los alrededores, y cerca de los pocos faroles de luz, algunos conversaban en voz muy baja, casi en silencio, y otros se limitaban a ver hacia el cielo. Era inútil, no se veía absolutamente nada. Los faroles se apagaban lentamente. La quietud de la noche y el extremo silencio en aquel paraje contribuían a que los expedicionarios se relajaran, hasta que fueron quedándose dormidos uno a uno de forma paulatina.

Celso, el vigía, el pequeño hombre asustadizo, muy movedizo e inquieto, de pronto sintió la necesidad de evacuar el vientre. Tomó una linterna y silenciosamente se apartó del campamento en busca de un lugar donde poder hacerlo con tranquilidad. Caminó unos veinte metros por entre las hierbas y algunas rocas incrustadas en los alrededores que parecían personas. Empezó a alumbrarlas para descartar esa sensación. Tuvo que hacerlo varias veces y aun así le siguieron provocando sobresalto. Caminó con cuidado hasta que encontró una figura diferente a las que había visto. La iluminó con su linterna y vio que era un árbol. En realidad, se trataba de un tronco grueso y deforme, totalmente pelado, sin hojas ni ramas, de apariencia tétrica. Lo rodeó para asegurarse de que no había nada extraño en él. Cuando confirmó que simplemente era uno de los pocos lúcumos que quedaban de pie en aquel inhóspito lugar, se animó a utilizarlo. Una vez que hubo acabado, se vistió y se dispuso a regresar, cuando repentinamente se topó con una figura. A diferencia de las anteriores, esta tenía movimiento propio. Celso la iluminó y se dio con la sorpresa de que era una mujer joven. Al principio se asustó, pero luego la contempló con detenimiento. Sus cabellos oscuros, largos y despeinados y su vestimenta raída le daban una apariencia algo extraña, pero aun así pudo distinguir una expresión totalmente inofensiva.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

La chica no respondió, solo se limitó a sonreír. Celso insistió:

—Eres tímida, ¿eh?

Sin emitir una sola palabra, la chica tomó un cesto que llevaba colgado de su antebrazo derecho y se lo estiró para

que tomara algo que llevaba dentro. Celso inclinó el torso para ver qué había en el cesto, levantó su linterna para alumbrar su interior y comprobó que eran frutos de lúcumo. Tomó uno, lo frotó en su camisa y se lo agradeció. Luego la rodeó y siguió su camino. Pero la chica empezó a caminar tras él.

–¡Vete! –le gritó mientras continuaba su camino–. ¡No puedes seguirme a donde voy!

La chica no reparó en la advertencia y continuó caminando tras él.

–¡Te digo que no me sigas! ¡El jefe me va a matar si me aparece con alguien en el campamento!

La chica giró y dio unos pasos en dirección contraria, por donde había venido. Luego se detuvo y le hizo una seña para que la siguiera. Celso sonrió.

–Así está mejor –pensó, y la siguió.

Después de haber caminado un buen trecho, Celso empezó a impacientarse.

–Oye, ¿a dónde vamos? –preguntó.

La chica volteó sonriente y sin emitir un solo ruido volvió a hacerle la seña para que la siguiera. El hombre avivó su entusiasmo y la siguió, pero el camino continuaba. Finalmente, Celso tuvo que detenerse por el cansancio. Miró hacia atrás y no reconoció el camino. Al voltear para continuar tras la muchacha, se dio cuenta de que ella ya no estaba. Iluminó alrededor con la linterna, y empezó a buscarla en todas las direcciones, pero solo consiguió perder la orientación. No la encontraba, como no encontraba tampoco el camino de regreso.

“Piensa, Celso, piensa”, se dijo.

Escogió un sendero para ver si volvía a encontrar el tronco de lúcumo y caminó por varios minutos. La luz de la linterna de pronto se apagó. Celso accionó el botón de encendido varias veces por si era un falso contacto, pero no funcionó. Entonces comenzó a desesperarse y la golpeó con la palma de la mano, pero eso tampoco resultó. Frustrado, tiró el artefacto y no le quedó más remedio que continuar en medio de las tinieblas, tratando de tatear el camino. De pronto, cuando estaba a punto de chocarse con ella, se topó con una figura grande y robusta.

Sobresaltado, retrocedió y dio un paso al costado, pero la tierra cedió y Celso desapareció en la nada. Por algunos segundos solo se escucharon las hojas de las hierbas agitándose, y al final un golpe sordo y seco. Luego volvió el silencio habitual.

El cielo comenzó a clarear y las estrellas fueron desapareciendo una a una; el canto de algunos pájaros y uno que otro gallo a lo lejos fueron despertando a los excursionistas. El primero en levantarse siempre era Santiago, quien recibía a sus guiados con una taza de café bien caliente para combatir la inclemencia del clima. A esas horas de la mañana se registraban las temperaturas más bajas del día y tenían que calentarse para iniciar la caminata.

Álvaro ya estaba listo y arengó al resto a apurarse para continuar con el ascenso, no quería perder ni un minuto más. Uno de los hombres armados comenzó a llamar a Celso. Luego se le adhirieron otras voces, hasta que uno de ellos se le acercó a Álvaro.

—Señor, no encontramos a Celso.

—El campamento no es muy grande, como podrás observar —respondió Álvaro—. Es imposible que alguien se pierda; ridículo diría yo.

—En el lugar donde se supone que debía dormir, su frazada sigue enrollada —apuntó otro.

—Ahí está la explicación —intervino Santiago—, lo más probable es que Celso haya dejado el campamento.

—¡Contraviniendo mis órdenes! —renegó Álvaro—. Ese enano, ¿dónde se habrá metido? ¡Levanten el campamento, no podemos retrasarnos por un imbécil! Manolo, tú reemplazarás a Celso, irás al final de la columna y serás el nuevo vigía. Cuando lo encuentre ya verá, me conocerá en mi verdadera dimensión.

—Ojalá y así sea —dijo Santiago—, pero yo no tendría muchas esperanzas de encontrarlo.

El grupo continuó su marcha por la estrecha senda, siempre en ascenso hacia la cima para luego descender un poco y subir nuevamente a la siguiente montaña. Álvaro estaba muy molesto por la desaparición de Celso, que no contribuía en absoluto al éxito de la expedición que había planeado con tanto celo. Nadie,

definitivamente nadie, y sobre todo un tonto como Celso, iba a arruinarla. Durante el trayecto, Álvaro mostró su peor expresión e irradió odio y agresividad, por lo que nadie se animó a pedir un descanso, ni siquiera el propio Santiago. El grupo continuó su marcha sin tregua, hasta que llegaron al punto acordado: el campamento que serviría como centro de operaciones para las excavaciones.

Cuando tiempo atrás, una mañana de comienzos de julio, Álvaro Portocarrero se le acercó para solicitarle sus servicios como guía, Santiago no tuvo manera de saber lo que tramaba aquel extranjero. Álvaro solo le dijo que lo iba a necesitar por un tiempo y que la duración dependía de si hallaba o no lo que estaba buscando. También le dijo que no se preocupara por sus honorarios, que sería bien remunerado, y como prueba de su ofrecimiento le dio un jugoso adelanto. Lo único que le pidió era que no hiciera preguntas y que mantuviera absoluta discreción. Debía limitarse a llevarlo a los puntos que indicaba el mapa que el propio Álvaro guardaba celosamente. Estaba claro que no era un turista común, pero Santiago pensó que, conforme avanzaran los trabajos de excavación, lograría averiguar qué era lo que buscaba con tanto celo.

Los hombres empezaron a colocar las carpas en la misma disposición que la noche anterior. Mientras lo hacían, uno de los lugareños cargadores, por accidente, enredó el pie en una de las sogas que sujetaban la estaca justo en el momento en que otro se disponía a clavarla. Sin advertir lo ocurrido, el hombre asestó el martillazo y la estaca se hundió en la tierra junto con el pie del infortunado cargador. Sus gritos eran espeluznantes. Varios de sus compañeros se acercaron alarmados para ver lo que había sucedido. El grupo comprobó que el hombre tenía perforado el empeine del pie derecho, y la estaca sobresalía por el lado posterior.

–¡Tenemos que llevarlo a un hospital! –sugirió un compañero.
–¡Ustedes! –ordenó Santiago a dos de los otros cargadores–. Traigan una frazada. Haremos una camilla con esos palos y lo bajaremos de inmediato.

Los gritos de dolor continuaban y encrespaban los nervios de todos.

-¡Imposible! -exclamó Álvaro-. Nadie se mueve de aquí.

-¡Este hombre necesita atención médica de inmediato! - insistió Santiago.

Álvaro sacó su arma y sin pensarlo dos veces le pegó un tiro en la cabeza al herido.

-¿Qué demonios le pasa? -exclamó Santiago, horrorizado.

-Ya no será necesario que nadie se mueva de aquí -contestó Álvaro Portocarrero sin inmutarse, mientras regresaba el arma a su funda-. Señores, no hay lugar para errores. Espero hayan captado el mensaje. ¡Entierren a ese pobre diablo!